

Francisco Robles



**EL AGUADOR
DE SEVILLA**

Primera edición: 2012

© Francisco Robles, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-819-9

Depósito legal: Se-3952-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
La adoración de los Magos	9
CAPÍTULO 2	
Retrato de Juan Martínez «Montañés»	47
CAPÍTULO 3	
Retrato de Juan de Pareja	119
CAPÍTULO 4	
Venus del espejo	161
CAPÍTULO 5	
El retrato de Inocencio X	205
CAPÍTULO 6	
Las Meninas	231
CAPÍTULO 7	
El aguador de Sevilla	273
EPÍLOGO	333

CAPÍTULO 1

LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS

Londres, 2010

VELÁZQUEZ ERA UN FALSIFICADOR...
Recuerdo el tono de su voz. Era la voz de Silver, pintor frustrado y restaurador de obras de arte, el mejor restaurador del mundo según proclaman los coleccionistas y los directores de los museos más renombrados, desde el Metropolitan de Nueva York hasta la National Gallery, desde el Louvre al Museo d'Orsay, desde el Prado a la Frick Collection. La voz de Silver retumba continuamente en la caverna de mis oídos, en esa pantalla donde se proyectan los recuerdos que me devuelven, incesantes, a los días más apasionantes de mi vida. La voz raspada, grave, plagada de matices, de inflexiones que maneja, o que manejaba, como si fuera un experimentado locutor, un actor de teatro de la vieja escuela londinense. Silver no tiene o no tenía nombre, sólo apellido. Nadie lo llamaba James. Silver cumplió o habría cumplido en el día de ayer setenta años, una edad que le provocaba ese pavor inexplicable que él achacaba al maldito sistema numérico decimal, «si utilizáramos otra base numérica yo no estaría

a punto de cumplir un número redondo, de iniciar una década de la que se sale hecho un anciano... si es que no se sale antes con los pies por delante».

Me lo dijo después de darle un generoso trago a la cerveza que se templaba en su vaso. El *pub* que lleva el nombre del duque de Wellington estaba lleno de tipos tranquilos, pausados, elegantes a pesar de ir vestidos de manera informal. Hablaban en voz baja y trasegaban cervezas rubias y negras, «si Velázquez estuviera aquí no podría haberlos retratado como hizo con aquellos borrachines de Madrid a los que falsificó hasta el punto de convertirlos en adoradores de un dios, fíjate bien en sus rostros, o mejor dicho, en sus miradas, porque Velázquez no pintaba rasgos, el muy hijo de puta iba más allá, llegaba hasta el fondo del alma para impedirnos a los demás que nos dedicáramos a pintar cuando llegara nuestro tiempo, y eso que ese cuadro no es de los más conseguidos sino todo lo contrario, él destruyó la pintura para siempre, desde entonces es imposible, o mejor dicho, es inútil coger un pincel y enfrentarse con el abismo de un lienzo en blanco».

Silver me había citado en aquel *pub* al que solía acudir cuando estaba solo en su casa, cruzaba el arco que abría y cerraba a un tiempo el callejón donde vivía, «esto de vivir en un callejón sin salida marca, y mucho, te lo digo yo, que nací en una calle donde había que dar la vuelta para seguir caminando, es posible que todo esté escrito desde que nacemos y no seamos capaces de descifrarlo, pero no me hagas mucho caso, porque esto puede degenerar en filosofía barata, y odio profundamente las simplezas, no puedo con ellas». Atravesaba la calle de Eaton

Place, con sus casas típicamente inglesas, aquello parece el decorado de una serie de la BBC, allí, en el inexistente número 165, se sitúa la casa donde transcurre la acción de *Arriba y abajo*, «siempre habrá clases, y eso lo saben mejor que nadie los comunistas que establecieron, cuando les dejaron, el sistema más clasista de la historia de la humanidad».

Silver era o es —el tiempo verbal es equívoco y eso me provoca escalofríos cuando lo escribo— un liberal a la antigua usanza, un británico que no concibe el mundo sin la libertad del individuo. En su memoria guarda celosamente el sonido de las sirenas que lo llevaban a los sótanos del Londres bombardeado por la Luftwaffe, el miedo que se reflejaba en los ojos de su madre cuando lo cogía de la mano y salían corriendo en busca del refugio subterráneo. Así sobrevivieron a los ataques aéreos con que los nazis querían doblar el brazo de los británicos, «menos mal que al frente del país se colocó un tipo que sucedió al pusilánime de Chamberlain, un valiente que no se rendía ante el enemigo porque sabía que eso sería mucho peor que la muerte, no le temía a la guerra porque estaba seguro de que la paz sería imposible, un político en el mejor sentido de la palabra, un amante de la libertad por encima de todas las cosas, alguien que ganó una guerra para que su propio pueblo lo mandara a la mierda en las primeras elecciones que se celebraron después de la victoria, eso mismo le sucedió a Wellington, exactamente lo mismo, la historia se repitió con los héroes que fueron capaces de vencer a Napoleón y a Hitler, ten cuidado con los británicos porque tenemos muy mala memoria, somos muy mal

agradecidos, aunque en mi caso no practique ese olvido con el líder que nos salvó del nazismo, te confieso que sólo he admirado a una persona en mi vida, y ese hombre se llamó y se sigue llamando Winston Churchill».

Lo estoy viendo en el pub, el pelo blanco cuidadosamente despeinado, la chaqueta impoluta que, sin embargo, parecía un jersey por la comodidad con que la llevaba puesta, el dandismo en el color rosado de una corbata que combinaba perfectamente con el celeste de la camisa, los ojos de color verde con una gota de miel, los labios finos que sonreían continuamente cuando hablaba conmigo y que podían provocar temblores más que evidentes a quien osara llevarle la contraria, las manos delicadas y trabajadas a un tiempo, el porte de lord inglés que se mezclaba con su punto bohemio, y esa frente despejada donde la luz se posaba como si fuera un autorretrato de Rembrandt.

—Velázquez era un falsificador y nosotros lo vamos a demostrar, Luis...

Sevilla, 1599

Nació en un tiempo de epidemias que no llegaron a diezmar la población, como sucedió cincuenta años más tarde, pero que apagaron las luces de un siglo que se iba con el oro y la plata que arribaban desde el otro lado del mar para convertir aquella ciudad en puerto y puerta de las Indias, en la «Reina del grande Océano», como la bautizó el Divino Herrera. El seis de junio de 1599 vio la luz un niño que llegaría a dominarla con su inteligencia. La calle de la

Gorgoja estaba situada en el centro de aquel laberinto que formaban las collaciones que Sevilla heredó de la Isbiliya musulmana. Lo bautizaron en la parroquia de San Pedro, un templo donde se sucederían los diversos estilos que confluyeron en aquella ciudad de vocación mestiza, en aquella urbe que heredó el mudéjar como si fuera un estilo de asimilar el pasado y no una fórmula arquitectónica.

En el bautismo recibió el nombre de Diego. Su padre era Juan Rodríguez de Silva, oriundo de Portugal, algo muy común en aquella metrópoli donde se arremolinaban los francos y los genoveses con los alemanes que venían al olor de las riquezas indianas que entraban por su Arenal. Su madre, sevillana, le dio la vida y el apellido que lo inmortalizaría: se llamaba Gerónima Velázquez. Eso también era común, existía la libertad de elección del apellido, algo que Velázquez usó con toda la intención del mundo, pero que ese día de junio no le importaba lo más mínimo. Se dedicó a llorar cuando sintió el agua entre los latines que se derramó sobre su privilegiada cabeza.

Sevilla conservaba, aún, el esplendor del Quinientos. Era la tercera ciudad más importante de Europa, tras París y Nápoles. En su espíritu ya anidaban las contradicciones que siempre la marcaron, desde que fue la Híspalis romana que apoyó a Pompeyo en la guerra civil que lo enfrentó con Julio César. Cuando ganó Julio César no quedó un pompeyano en aquella ciudad, que entonces ya sabía acomodarse a las tendencias que marcaba el poder. Su símbolo mayor ya era, cuando nació Velázquez, el Giraldirillo: una veleta que gira según soplan los vientos y que corona su torre mayor, la Giralda. Lo almohade y lo rena-

centista fundidos en la elegancia femenina que le confiere una rara esbeltez al ladrillo. Eso es lo mudéjar que caracteriza a la ciudad, el afán por incorporar lo nuevo sin perder de vista la tradición heredada de los mayores.

Sevilla era rica y pobre cuando el siglo XVII entró en aquella ciudad que presumía de ser puerto y puerta de las Indias. Grandes fortunas se amasaban con los metales indios y grandes miserias se exponían en las calles donde la mendicidad formaba parte del paisaje y del paisanaje. La Sevilla aristocrática y burguesa se mezclaba con los pícaros. Nobles y clérigos compartían callejones y barredueñas con los trasuntos del Guzmán de Alfarache, de Rinconete y de Cortadillo. Había patios renacentistas con el aire inconfundible de lo mudéjar en la Casa de Pilatos y en el Alcázar, y patios donde el monipodio de turno aleccionaba a los delincuentes sobre la manera más eficiente de sangrar una faltriquera. Monipodio no era más que un aprendiz de las artes que manejaba el duque de Lerma, valido del rey Felipe III, un aprendiz de brujo que se aprovechaba del tráfico mercantil que elevó a Sevilla hasta convertirla en la ciudad más importante del mundo, si se sitúa el baremo en las transacciones que en ella se llevaban a cabo.

El Barroco entró en la ciudad sin que nadie se diera cuenta. Primero asomó el rostro con la aguda nariz de las epidemias que le recordaron al hombre su condición mortal: *memento mori*. Luego se dedicó a quebrar bancos para dejarla sin la posibilidad de comerciar con el oro y la plata que entraban por su Arenal y que se acuñaban en su Casa de la Moneda. Pero el Barroco se dejaba ver en su plenitud a la luz del día, cuando se mezclaban los limpios de sangre

con los sucios de bubas, los funcionarios con los timadores, los clérigos con los fulleros, las damas con las prostitutas, los banqueros con los timadores, los alguaciles con los aguadores... El Barroco era esa cultura de masas, esos barrios que no eran de pobres ni de ricos, esas calles donde el palacio compartía el muro medianero con el corral de vecinos. El Barroco era la ciudad, y viceversa, aunque tuvieran que pasar dos siglos para que lo bautizaran con ese nombre.

El Barroco también era ese engaño en el que puede caer quien se acerque a esa Sevilla con los ojos de otra época. Mezclados, pero no iguales. Líneas divisorias trazadas a cordel. Desde la vivienda hasta el oficio, desde el apellido hasta las rentas. Pero no había frontera que fuera infranqueable cuando la voluntad, el genio, la ambición y la inteligencia se unían en una misma persona. Aquel niño que regresó de la parroquia de San Pedro hasta su casa de la calle de la Gorgoja estaba destinado a ser lo que nadie podía prever en ese día de discreto júbilo.

Sevilla, 2011

Escribo en el aeropuerto de Sevilla, bajo esas bóvedas con forma de mezquita, bóvedas azules y blancas que no dejan pasar, en una paradoja más de la arquitectura, lo más bello de la ciudad: el vano fantasma de la luz que le sirvió a Bécquer para intuir a la mujer imposible. Escribo rodeado de un murmullo de conversaciones amortiguadas por la distancia, de despedidas que se quedan en un beso repentinamente huérfano. Escribo con el ordenador apoyado en

los muslos, como un escriba egipcio, atento al teclado y a la pantalla donde se refleja lo que pienso, luego existo. Escribo mientras espero el embarque previsto para las cinco de la tarde, sin pausa, ajeno a lo que sucede a mi alrededor, porque después de lo que me ha pasado ya no puede ocurrir nada digno del noble ejercicio de la escritura. ¿Noble? ¿Es noble el trabajo del escritor? ¿O es un oficio de plebeyos como lo fue la pintura en el siglo XVII? El enigma salta nada más empezar la novela, el relato de unos hechos que se amontonan en los pliegues de mi memoria y que me piden, a gritos, que los ordene con la insoportable herramienta de la sintaxis.

—Velázquez no era un pintor; era un falsificador.

Sé que la voz de Silver me dictará esta novela, que tendré que seguir la pauta que me marcó cuando me ordenó que lo hiciera, «debes huir de las falsas estructuras que reducen la narración al truco de la carpintería y la trama, debes escribir lo que pasó, lo que sucedió hace cuatro siglos y lo que voy a hacer yo a lo largo de este día, de esta jornada que marcará un antes y un después en la Historia del Arte, como dirían los jodidos cursis» (Silver). Debo escribir como Velázquez pintaba, con el guion en la cabeza, sin bocetos ni cuadrículas, sin papeles previos ni hojas de cálculo del ordenador, sin complejas estructuras, sin cortarle las alas a la vida hasta reducirla a una engrasada maquinaria donde todo tiene una explicación, un motivo, una causa, un fin.

Siento en el bolsillo del pantalón las llaves del apartamento al que me dirigiré cuando el tren que sale del aeropuerto de Gatwick me deje en la estación de Victoria,

luego caminaré durante nueve o diez minutos hasta llegar al apartamento de Silver en el selecto barrio de Belgravia, «no sé cómo pude venirme a vivir al barrio diplomático de Londres, porque como puede comprobar cualquiera que pierda su tiempo en escucharme, puedo practicar cualquier arte menos la diplomacia» (Silver). Sé que no estará allí, pero esto es una simple hipótesis. Silver es, todavía, el hombre más buscado del Reino Unido.

Sevilla, 2010

—Nunca más volvió a Sevilla. Nunca... Fue un visionario, Luis, sabía que aquella Sevilla del Quinientos había sido la capital del mundo, pero que todo estaba yéndose por el agujero de la crisis, que el río no daba más de sí, que no podía persistir aquel emporio comercial en una ciudad donde no existía ni un mísero puente sobre el río por donde entraba tanta riqueza mientras el Estado no reparaba en gastos para el Corpus, para las celebraciones con las que se entretenía a aquella población flotante, como el puente de barcas, que flotaba peligrosamente sobre aquellas corrientes que tenían tanto peligro como las epidemias, él veía más allá del espacio y del tiempo, creó una manera de enfocar la perspectiva en sus cuadros y una fórmula para ir consiguiendo sus objetivos en la vida, desde muy joven sabía que su sitio no estaba en aquella Sevilla donde había que pintar cuadros de altar para ganarse la vida, donde muy pocos entendían su nueva manera de concebir el arte de la pintura, Velázquez siempre fue en

busca del poder, y el poder ya no residía en la «Reina del grande Océano», como la llamó Herrera, sino en la corte que empezó a hacer de Madrid algo más que un poblachón manchego, Velázquez no sólo tenía buena vista, poseía un magnífico olfato para oler la fama y el dinero, Pacheco lo intentó, pero no pudo entrar en la corte, su discípulo consiguió lo que había perseguido el maestro, por eso se fue a Madrid y no volvió jamás a Sevilla...

La voz de Silver es un susurro, como si esa frase no tuviera nada que ver con Velázquez, sino con su propia vida. Silver sí volvió a Sevilla. Al cabo de los años, para buscarme a mí. Quería involucrarme en un plan trazado minuciosamente. Su voz sigue siendo un susurro cuando disecciona los fundamentos del plan que lo ha traído hasta el bar donde tomamos cerveza al aire libre bajo un sol tibio de mediodía. La primavera regresa cada año a la ciudad que un día dejó Velázquez para no volver jamás.

—En realidad regresó cuando se marchó a Madrid en 1622, probó fortuna cuando pintó a Góngora en ese retrato donde se adivina el carácter adusto del poeta, su inexpugnable interior, como si fuera una piedra modelada por la vida, como si fuera insensible a pesar de haber tensado el idioma hasta sus límites, pintó al poeta pero no pudo conseguir lo que quería, lo tenía todo perfectamente planificado, es lo que más me admira de este personaje, Luis, la capacidad que tuvo para ver su vida de un golpe, para trenzar una red imaginaria que iría tejiéndose a lo largo del tiempo hasta alcanzar su objetivo poco antes de su muerte, la inteligencia es eso, la capacidad para crear proyectos, y a Velázquez le sobraba, veía los cuadros antes

de pintarlos, por eso no necesitaba abocetar, ni siquiera dibujar, y en la vida le ocurría lo mismo, se vio a sí mismo como lo que nunca debió ser, pero la mentira estaba instalada en el sistema nervioso de aquella España donde brillaba la belleza de la decadencia...

Hizo una pausa para darle un buen trago a la cerveza, me miró fijamente, como si quisiera adivinar qué se escondía en mi mente, y me preguntó a bocajarro, como era su costumbre, por el cuadro de la *Adoración de los Magos*, que pintó antes de partir de Sevilla.

—Lo conozco, Silver, claro que lo conozco, es una obra aún menor, no está resuelta con la habilidad que aparece en la *Vieja friendo huevos* o con la maestría del *Aguador*, los rostros son correctos, tal vez demasiado escultóricos o tenebristas para mi gusto, el *Niño* aparece demasiado rígido, ya sé que era costumbre de la época representar a los niños así, enfajados, envueltos en vendas, pero ése en el regazo de la Virgen no es creíble, la perspectiva flojea, no corre el aire velazqueño entre los personajes, la luz crepuscular del fondo está improvisada, aun así posee cierto encanto, el encanto de la humildad, el realismo que supera al manierismo que le precedió, ese nuevo concepto que nadie practicaba en aquella Sevilla donde triunfaba el formalismo de Pacheco...

—Vete al carajo, niño...

Un latigazo me recorrió por dentro, soy demasiado orgulloso para soportar la mala educación de un viejo que quiere meterme en un lío y que desprecia mis opiniones fundadas en el estudio científico. Le había hecho un comentario basado en el análisis de Jonathan Brown, el ex-

perto más sobresaliente en la obra de Velázquez, y aquel borracho lo menospreciaba con unas formas que yo no estaba dispuesto a consentir.

—No te enfades, Luis, no te preguntaba si lo habías visto y estudiado, es obvio que la respuesta en ese caso sería afirmativa, tampoco me interesan los análisis de los presuntos expertos que lo saben todo pero que no ven más allá de su academicismo, te pregunto si lo has visto en negativo, del revés, como hay que ver las obras del genio, porque en ese cuadro hay una revolución pendiente, el Niño es la hija de Velázquez, así que el pintor sería el Padre con mayúscula, la Virgen es Juana Pacheco, la esposa del artista, y el rey que adora al Redentor es el mismo Pacheco, el maestro de Velázquez, que aparece en el cuadro como rey aunque sin atributos, y Baltasar es probablemente un esclavo negro, eran habituales en aquella Sevilla donde los negros se agrupaban en una cofradía presidida por el mismo arzobispo, así se blindaban de los blancos, si miras el cuadro desde ese punto de vista comprenderás que no hay nada que nos indique que esa escena es sagrada, Luis, nada que eleve a los protagonistas sobre la condición humana que exhiben sin pudor alguno, eso es tremendo, amigo mío, si eso me da miedo a mí, que soy un escéptico anglicano del siglo XX, un hijo de la posmodernidad y del relativismo, imagina el pavor que podría haberle causado al mismo Pacheco, que era veedor de pinturas del Santo Oficio, pero el genio es así o no lo es, y por eso se representa a sí mismo como el padre de la niña que es Jesús, rompe todos los esquemas y demuestra, por primera vez, que la pintura es algo más que un oficio, incluso

algo más que un arte liberal, Velázquez marca el camino de su propia vida en ese cuadro, Luis, míralo bien cuando vayas al Prado, ahí está el resorte que movió a Velázquez...

Me quedé pensativo, dudando, aún estaba enfadado con Silver, me costaba trabajo asimilar esa interpretación que podía estar provocada por la media docena de cervezas que el viejo había trasegado sin probar bocado; el sol calentaba cada vez más y el aire ya no era tibio. La luz insinuaba un reflejo dorado en la corbata de Silver, la camisa blanquísima hería, la chaqueta era de un azul más intenso que el del cielo de marzo.

—No me crees, Luis; te lo voy a explicar desde el otro lado: ese cuadro representa la *Adoración de los Magos*, que a pesar de ser reyes, como señala la tradición, recorren el mundo para llegar al pesebre donde ha nacido un Niño humilde, un Niño que no lleva sangre azul en sus venas, un Niño que para más inri es judío, un Niño que en ese momento vive su Epifanía, o sea, la primera demostración de su poder, y para ello tendrá que vencer a las tinieblas que reinan en el mundo, sólo rotas por el amanecer que se adivina al fondo del cuadro y por la luz que está destinada a ese Niño, una luz que lo baña y que oculta, en la sombra tenebrista, el rostro de Velázquez, que va vestido igual que *El aguador* de la Apsley House, ¿o no te has dado cuenta? Es el mismo capote de color tierra aunque aún no esté roto por la vida, el color de la tierra, Luis, el color de la realidad, joder, y esa mano derecha que mantiene tapado el cáliz donde reposa el incienso como el Corso que ejercía de aguador sujeta el cántaro tapado donde se guarda el agua de la sabiduría, el aguador le ofre-

ce el agua al joven y Velázquez hace lo propio con el incienso que le trae a su hija, porque Velázquez es Gaspar, el rey que le lleva el incienso que perfumará a Dios, Pacheco se queda con el oro del poder que él ostentaba en aquella Sevilla, aunque la divinidad no rondara jamás sus pinceles, el cuadro del aguador ya está ahí, el pintor le ofrece ese talento a su hija, el pintor es el padre del Niño, esto podría haber escandalizado a más de uno, pero Pacheco era el encargado de vigilar la pintura herética, todo cuadra en ese triángulo perfecto, en esa familia que se procuró el joven Velázquez como primer peldaño para ir ascendiendo hasta el poder, Pacheco, su hija Juana y la hija de Velázquez, las tres generaciones en la misma escena, en el mismo tiempo, como en el aguador, igual, aunque en este caso se anuncie el dolor que espera al Niño en la zarza que aparece en el primer plano, no lo olvides, Luis, estamos condenados al dolor y a la luz, esa es la otra diagonal del cuadro, de la luz del horizonte a la zarza del suelo, de la gloria celestial al dolor terrenal, este tipo no era un genio, Luis, este paisano tuyo poseía una inteligencia tan equilibrada, tan segura, que a veces me da miedo ponerme delante de sus cuadros...

Silver llamó al camarero y le pidió más cerveza sin apenas mirarlo, tenía sus ojos fijos en los míos, no dejaba de mirarme con una mezcla de pasión y de ternura que al principio me dio un cierto reparo. Su fama de mujeriego podía mezclarse con otros instintos, nunca se sabe por dónde puede salir, o entrar, un señor tan elegante que en el secreto de la alcoba puede convertirse en un vicioso. En la plaza se estaba demasiado a gusto a pesar del cabreo que

me provocó aquella frase destemplada y que empezó a ceder. Al fin y al cabo, Silver me trataba con un cariño que no tenía nada que ver con la frialdad que me dispensaban mis compañeros en la Universidad, parecía que a pesar de todo el mundo estaba bien hecho, que el mediodía se había instalado en el cielo que azulaba por encima de los árboles, esos plátanos de Indias que estaban experimentando el milagro de la primavera en el renacer de sus hojas.

—Ésa es la clave, Luis, está escrita en el cuadro, es un mensaje tan claro que nadie lo ve, el poder del artista, el poder de la inteligencia es capaz de convertirnos en dioses, no estoy desvariando, no me confundas con esos charlatanes que montan una secta para vivir del cuento, es justo lo contrario, es la evidencia de lo que está ahí, delante de nuestros ojos, ese cuadro lo pintó con veinte años, en 1619, cuando nació su hija, y ahora dime qué sucedió en aquella Sevilla que entraba en la decadencia, qué pasó al año siguiente, en 1620, qué imagen talló el discípulo de Montañés, el dios de la madera que policromaba sus Cristos en el taller de Pacheco, aquel Juan de Mesa al que olvidaron los siglos mientras su obra maestra rompió los moldes del espacio y del tiempo para llegar hasta hoy, porque ahora mismo hay gente encomendándose a él, ahora, como si Dios no hubiera muerto en Sevilla, como si el existencialismo imperante no tuviera nada que ver con esta ciudad que vive hasta apurar el cáliz de los días, dime cómo se llama esa imagen donde Dios muestra su Epifanía...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tuve que beber un poco de cerveza recién tirada, rebosante de espuma, fría como el temblor que vibraba en mis entrañas. Estábamos

sentados frente a la parroquia cuya portada lateral, abierta durante la infancia de Velázquez, corona la imagen de San Lorenzo con la parrilla del martirio en la mano. Allí tramó un notario eclesiástico, un escribano encargado de asentar los bautismos en el registro parroquial, algo que yo estaba investigando y que aún no le había contado a Silver con detalle, algo que podía servirle para su tesis, para su plan, porque todo empezaba a encajar en el mosaico que quería cerrar el viejo inglés para que todo tuviera explicación, para poner el mundo del arte boca abajo, para romper los tópicos y pulverizar los mitos. Aquel notario eclesiástico no aparecía en el cuadro de la *Adoración de los Magos*, pero su mano fue crucial para que Velázquez pudiera desarrollar el plan que marcó su vida, que no era la pintura, el arte para el que nació destinado, aunque ni él mismo lo supiera. Tal vez esa inconsciencia lo salvara, como salva a una mujer hermosa el desconocimiento de su belleza. En caso contrario se quedaría a vivir en los espejos, como hizo Venus en el retrato que le extrajo Velázquez, esa Venus que se contempla a sí misma como Pedro Salinas veía en el mar al Contemplado, Venus que no sale de las aguas sino que se sale de su cuerpo para convertirse en el aire que la rodea, Venus de caderas inabarcables como la mujer que cruza la plaza, que deja a su izquierda la fachada donde San Lorenzo sigue esperando el martirio, esa mujer que entra con paso firme en la vecina iglesia, la que se abre justo en el rincón, una mujer que se llevó el sol del mediodía en las pinceladas sueltas de su pelo.

Allí, en la penumbra interior que ahora iluminaba aquella mujer sin más nombre que la Belleza, está la ima-

gen que Silver quería introducir en mi mente sin nombrarla. Antes de que yo naciera se trasladó a un templo que le construyeron justo al lado de la antigua parroquia mudéjar, en el rincón más apartado de la plaza, un panteón invertido donde no hay más dioses que Él. En Roma fue primero el Panteón y luego el cristianismo, que lo ocupó con estatuas frías a las que nadie reza. Aquí sucedió lo contrario, aquí fue primero su imagen y luego el templo con esa hechura circular, una imagen a la que se encomiendan los que se han quemado las manos con todos los clavos ardientes que los sujetaban a la vida, los que van a buscarlo como si Él fuera la encarnación de la Esperanza, que lo es. Mis ojos, tan acostumbrados al escepticismo, se humedecieron levemente. Un sorbo de cerveza me ayudó a articular la frase que latía en mi cerebro, ¿o era en mi corazón?

—Esa imagen de la que me hablas tiene un nombre que lo dice todo, Silver, los sevillanos lo llaman el Señor como si aún viviéramos en la Edad Media, y a pesar de la muerte que lo está esperando al pie de la misma cruz que Él lleva, es Jesús del Gran Poder.

Sevilla, 1623

Llegó sereno, como si aquella noticia que había conocido unos minutos antes no fuera con él, como si no hubiera recibido la carta que llevaba esperando desde que el primer plan se frustró. Había recorrido de forma pausada la calle del Puerco después de haber cruzado por delante de las estatuas de Hércules y Julio César que veía desde la

ventana de su estudio y que presidían la Alameda. No se había detenido ante el ofrecimiento de un aguador con aspecto francés que le había tendido una copa con algo que parecía un higo en su interior. Nada podía distraerlo en ese momento tan ansiado.

Llegó y apenas saludó a los oficiales y a los aprendices, que invertían la soleada mañana en los quehaceres del oficio. Recorrió las dependencias del taller, aquella cárcel dorada como la llamaban los amantes del tópico que no conoce épocas ni ciudades, sin prestar atención a esos detalles que le traían unos recuerdos que a su edad ya se iban tiñendo con los tonos de la melancolía: el olor que desprenden los barnices, el reflejo de las encarnaduras que convierten la madera de una talla en el rostro de Dios, el ruido del trajín y de las conversaciones que se plantean en torno al trabajo o alrededor de las murmuraciones que le sirven a la ciudad para pasar el tiempo. Todo aquello quedó atrás.

—¡Ya he recibido por fin la carta que estaba esperando!

Su sonrisa, aunque leve y comedida, lo delató. El maestro Francisco Pacheco reprimió el impulso normal en estos casos, o ni siquiera eso. No hubo abrazos ni muestras de júbilo. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez llevaba en su mano derecha una carta con el sello del canónigo Juan de Fonseca. Le comunicaba de forma sucinta pero clara que debía trasladarse a la corte en el menor tiempo posible y que debía llevar consigo aquel cuadro del que tanto le había hablado en sus epístolas más recientes: «Es indispensable que traigáis ese lienzo que pueda abriros

definitivamente las puertas de palacio. El rey no dará su aprobación a vuestro nombramiento si no lo convencéis con alguna obra donde se demuestren vuestras habilidades. Ya lo sabéis por experiencia propia...».

Unos meses antes había hecho el camino de ida y vuelta. Estuvo a punto de rozar la gloria de la corte con las yemas de unos dedos que a esa hora estaban envueltos en el olor de la trementina. Pero no pudo ser. Regresó a la ciudad con el fracaso encogiéndole los hombros, con la mirada baja y el pensamiento espeso. Hasta que un día de aquel caluroso verano de 1623 descubrió la escena que le cambiaría la vida. Fue muy cerca de aquella calle del Puerco, en la misma puerta de su estudio. Un aguador le ofrecía una copa de agua a un joven que pasaba por la Alameda para cumplir con algún recado. Velázquez lo vio tan claro que un escalofrío recorrió su cuerpo y lo dejó helado, a pesar del calor que a esa hora de la tarde aplastaba la ciudad. Corrió al interior de su estudio, se refugió en la penumbra fresca y trazó a vuelapluma un boceto que aún conserva. La composición estaba ahí, en esa realidad que despreciaban los que encargaban aquellos costosos cuadros que debían reproducir una alegoría presuntamente divina que nada le decía a su mente de pintor de otra época. Reflexionó durante varios días mientras giraban sus pensamientos alrededor de aquel boceto. El viejo y el niño estaban más claros que el agua que vendía aquel tipo con hechuras de caballero que, sin embargo, se dedicaba al ejercicio del menester de aguador.

—No sabéis cuánto me alegro; ya sabéis que para mí sois como un hijo...